

Joan Fuster

LAUREL PARA UN CANÓNIGO

Si no voy equivocado, estos días hace justamente cien años, que nació don Antoni Maria Alcover. Y supongo que, en un sitio u otro, alguien organizará o habrá organizado la correspondiente ceremonia académica. Por lo general, la oportunidad conmemorativa de los centenarios sólo sirve para eso: son excusa de sesiones doctas y, en cierto modo, puramente formularias. Menos da una piedra, claro. La personalidad y la obra del canónigo mallorquín, desde luego, merecen ser celebradas con la leve pompa erudita que en tales casos se gasta. Se produce, además, la coincidencia de que su iniciativa más importante, el *Diccionari Català-Valencià-Balear*, llega ahora a su realización pública completa, y así la celebración adquiere un doble aliciente. Sea como sea, pienso que en todas estas cosas se puede poner también un poco de malicia: digamos malicia. Quiero insinuar que, al menos, por lo que se refiere a mossèn Alcover, el recuerdo del personaje más o menos ilustre se presta asimismo a reflexiones más genéricas, no ya restringidamente profesionales o culturalistas, y vale la pena de aprovechar la ocasión. Al fin y al cabo, el nombre de don Antoni Maria posee para nosotros –para muchos de nosotros– un alcance «significativo» precisamente excepcional.

Si bien se mira, en mossèn Alcover, el símbolo casi ha desbordado al individuo. En vida, al parecer, el canónigo filólogo fue un ciudadano más bien pintoresco. Queda a salvo, en principio, y naturalmente, su prodigioso tesón, la fabulosa tenacidad que aplicó a la defensa y al estudio de la lengua del país: del país en plural, de los países catalanes. La colecta de la «rondallística» insular, el Congreso del año 1906, del que fue promotor entusiasta, el *Diccionari* y su *Bolletí*, sus encarnizadas polémicas, dan fe de ello. Pero al mismo tiempo, e invalidando a veces lo mejor de su tarea, don Antoni Maria resultaba un tipo de inclemente extemporaneidad. Cuentan que era un hombre particularmente inclinado a cerrarse de banda. En cuanto a ideas, fue un integrista en el más sospechoso sentido de la palabra; en cuanto a conducta, persona propensa a la destemplanza agresiva. De ahí que nunca le faltasen querellas con quienes debieron ser sus colaboradores naturales, y que sus alegatos desaforados bordeasen con frecuencia el ridículo. Extremista de raza, cayó más de una vez en contradicción con sus mejores intenciones. Etcétera. Estas anécdotas fueron, un día, agria comidilla de la prensa local: hoy nos parecen una mera referencia remota. Mossèn Alcover se nos ha convertido en «otra cosa».

Hace poco, y no recuerdo dónde, leí un poema de Carner dedicado al canónigo. Si uno piensa que el poeta fue, en algún momento, el antagonista más neto del filólogo –si más no, don Antoni Maria lo presentaba como tal–, los versos actuales de Carner se iluminan de pronto con un valor de síntoma muy importante. Síntoma de que mossèn Alcover ha dejado de ser lo que fue. Carner, en efecto, rendía homenaje al nuevo pequeño «mito» que el canónigo ha pasado a ser en nuestras tierras. Digo «mito» por decirlo de alguna manera. La metamorfosis ha sido reciente y rápida, y en parte todavía

no ha sido «calada» por muchos catalanes. La verdad es que esta metamorfosis se llama Francesc de Borja Moll. Moll ha continuado el *Diccionari* de mossèn Alcover: ha hecho lo que aspiraba a hacer el canónigo, pero bien. Sólo que don Antoni Maria aún sirve de emblema. De «mito». Uno de los aspectos ha sido repetida y puntualmente ponderado: el volumen científico del *Diccionari* y su ingente trascendencia para nuestra cultura. No insistiré yo en ello. Pero la otra faceta de la labor de Moll, con mossèn Alcover al fondo, tiene, si cabe, más interés. Un interés ya no lingüístico, sino ampliamente civil. Aludo a la reactualización del problema de los vínculos de unidad en que se integran las zonas catalanoparlantes.

Sobra decir que esto último no entraba en los cálculos del canónigo. Con todo, su *Diccionari* es germen y ejemplo de la tendencia. Sin duda, han sido las circunstancias – un sutil tejido de azares y de fatalidades– las que han promovido aquel replanteamiento. Pero el *Diccionari* ha sido uno de sus catalizadores morales. El lexicón alcoveriano ha tenido una lógica y considerable difusión: este hecho está sirviendo para insistir y subrayar la evidencia básica de la unidad del idioma y, por consiguiente, de cultura y mentalidad esencial entre quienes lo hablan. Los viejos particularismos regionales están muy arraigados entre nosotros, y nada podía ser más útil que atacarlos por su lado más vistoso: el de la discrepancia dialectal. No es que el *Diccionari* haya asumido esa tarea, ciertamente –no son para eso los diccionarios–; pero sí la propone de manera implícita. Había que proclamar el «hecho antidiferencial», y así ha sido. Mallorquines, valencianos y catalanes estrictos volvían a tener, de pronto, ante los ojos, la realidad exacta de su consistencia de pueblo único. Ciertamente, lo mismo habían proclamado, con abundante retórica y escasa eficacia, las gentes de la «Renaixença». Sin embargo, ahora el enfoque era muy distinto.

Y lo era –lo es– también por otra razón: porque las afirmaciones venían justamente de fuera del Principado. Lo cual tampoco es una novedad, aunque esta vez la cosa presenta un matiz más decidido. Creo que es providencial –permítaseme el término– que el Alcover-Moll sea una empresa mallorquina. Y de las Islas no sólo el *Diccionari* llega al continente con este signo. Más modesta, la aportación valenciana –y valgan, por ejemplo, mis palabras como señal– tampoco ha faltado. El episodio se brinda a meditación. El aislamiento de nuestras tierras empieza a quebrarse, y la vena común, más allá de la lengua incluso, sale a la superficie. Si algún espíritu vidrioso o memo todavía sale con el manido argumento-fantasma del «imperialismo» del Principado sobre las regiones hermanas, ahí están los hechos para desmentirlo. No es del Principado que han partido las reclamaciones integradoras: esto es lo importante. Mossèn Alcover el canónigo famoso de la «calaixera», desde los Campos Elíseos de los filólogos, debe de estar satisfecho de tan imprevista consecuencia. Porque, a la hora de los recuentos, habremos de atribuir a su obra –y a la de sus continuadores– el honor de la vanguardia y la oportunidad. Un ramo de laurel sobre su tumba.